

GÜNTER WALLRAFF y el periodismo con disfraz

DANIEL CENTENO

Para muchos está loco; para otros no tiene sentido lo que hace. A este alemán poco parece importarle lo que opinen de él. Su pasión es el disfraz, amanecer un día como otro, con una nueva identidad, como otra gota de agua en el océano.

El origen de esta inclinación es remoto y típico de un traumatismo infantil. A la edad de cuatro años a Günter Wallraff lo inscribieron en una guardería. No habiendo traspasado la puerta del salón, fue despojado de toda su indumentaria enfrente del resto de los niños. Con el *shock* vino la despersonalización, después los complejos y por último, una necesidad de anonimato que le sirvió para diferenciar a los débiles de los poderosos. Las fotos de su pasado lo atestiguan: de chiquillo siempre prefirió disfrazarse de indio antes que de vaquero.

El “método del niño”, de ver las cosas como un infante, de hacerse el tonto y meterse en el juego hasta los tuétanos, lo ha acompañado hasta el día de hoy como una tara. Wallraff ha hecho de todo en su faceta de periodista: se transformó en un neonazi que espío para la policía a estudiantes de izquierda; un adolescente que ofrecía sexo en un *call center*; un editor sin ética en el diario sensacionalista *Das Bild-Zeitung*; un inmigrante iraní en Japón y hasta arriesgó su vida en el papel de un traficante de armas en Portugal.

“Nunca he tenido dilemas éticos al utilizar la mentira como medio de llegar a la verdad —comenta sin dudar—. Lo digo porque sé regularme. De hecho, en ningún momento fui acusado por los desfavorecidos que busco defender. Al contrario, ellos están contentos y suelen decir: ‘¡Por fin uno se anima a disfrazarse como nosotros para comentar sobre nuestra situación!’. Eso sí, en los casos en los que sé que las personas pueden

tener problemas, voy con mucho cuidado. Resguardo mis fuentes, no menciono sus nombres ni a mis colegas, y les busco abogados, si es necesario. Me causa gracia que los únicos que critican mi forma de actuar son los culpables, quienes violan derechos laborales. Ellos son muy duros conmigo y me llaman antiético. Yo no voy hacia lo personal; ataco cosas políticas que acuso. Eso sí es muy ético. Por suerte, en Alemania vivimos en un Estado de derecho. Hay acusaciones y juicios sobre mi trabajo por parte de empresas, pero los jueces me han dado la razón. Por eso no he perdido ningún litigio. Al final, no importa escribir el artículo, sino cambiar la situación. Por eso siempre le hago seguimiento a mis reportajes”.

El reportaje más conocido de Günter está recogido en un libro, indispensable en el mundo periodístico, *Cabeza de turco*. En éste documenta sus dos años en la piel de un turco, y cuando se habla de piel no se alude a una metáfora más: Wallraff se tiñó el pelo y se lo ensortijó, oscureció su dermis, se colocó lentes de contacto negros y se despojó de su perfecto alemán para hablar con todos los vicios de un inmigrante que abraza una nueva lengua. El resultado fue Alí, un alter ego que lo acompañó por dos años con la finalidad de desenmascarar una Alemania racista y abusiva.

De su incursión salió con esquivas por todos lados. Günter fue turco hasta cuando se acostaba a dormir. Vivió en pensiones, fue cobaya humano para

laboratorios farmacéuticos, se sentó en la barra brava contraria en pleno partido Alemania-Turquía y hasta trabajó sin protección en una central nuclear de alta peligrosidad. Wallraff terminó su investigación con una bronquitis crónica, que lo hizo escupir sangre; con una lesión discal por todo el peso que tuvo que acarrear y hecho una ruina como deportista. Esto último no es exageración: de correr el maratón en dos horas con 40 minutos, después de un largo proceso de sanación, ahora lo completa en cuatro con 12.

“No soy un ejemplo —comenta Günter al recordar sus casos más famosos—. Me siento bien cuando la gente en la calle me saluda, o me escribe, y me dicen que mis trabajos los han ayudado. No me gusta el éxito rápido, sino tener impacto y estar comprometido con una causa. El caso de Alí tuvo efectos muy buenos: se buscaron nuevas vías de seguridad laboral para las condiciones de trabajo de mis colegas. También hicieron un fondo de abogados para los periodistas de *Bild*..., y le ganaron un juicio”.

¿Se imagina su trabajo sin recurrir al disfraz?

En mi país no me lo imagino porque, a partir de un momento, era tan reconocido que debía cambiar de personalidad para poder conseguir trabajo. En Suecia podría pensar lo del disfraz... Supe que allí un periodista se contactó con la compañía Ericsson, les dijo que tenía denuncias y sugirió la posibilidad de investigar las condiciones laborales en sus empresas. La corporación accedió, le abrió las puertas y no le obstaculizó su trabajo. El resultado fue un reportaje muy crítico que publicó el colega.

¿Cuánto invierte en la preparación de sus reportajes?

Me preparo muchísimo. Normalmente, elijo tres temas a desarrollar con mucha antelación. Es muy probable que, de los tres, dos no se concreten. Puedo demorar mucho tiempo. A veces, aparece una historia actual y sé que debo agarrarla de inmediato. Es decir, en el fondo no hay una regla fija.

¿En alguna ocasión tuvo miedo de ser descubierto?

Nunca tuve miedo. Una vez me pasó que un colega se dio cuenta de que yo estaba disfrazado, pero le encantó saberlo y no dijo ni una palabra. Luego me comentó que no me lo hizo saber en el momento para no ponerme en una situación incómoda. Otra historia me sucedió en Suramérica. Viví en una comunidad

indígena de Brasil, y estuve filmando y tomando notas. Cuando se dieron cuenta, me pidieron no publicar ni poner imágenes. Lo acepté y nunca salió nada de ese reportaje. Los respeté.

Sin disfraz, Günter Wallraff desconcierta. Equivale a ver a un camaleón sin colores, a un tiburón sin dientes, paralizados en su facultad. Desprovisto de pelucas y maquillajes, es un hombre maduro, calvo, blanquísimo, de cuerpo atlético e intensos ojos azules. En su caminar se ve flanqueado por jóvenes periodistas de diferentes nacionalidades. Uno de ellos, español, se le pone al lado y le hace la seña a otro para que le tome una foto, mientras su ídolo está descuidado.

La admiración no es normal.

“No podría hacer un juicio general sobre las escuelas de periodismo. No sería justo —responde ante una pregunta—. En Alemania la más reconocida de éstas tenía a un director, Wolf Schneider, quien era terrible y le hizo mucho mal a toda una generación de periodistas. Es un señor que estaba a favor del régimen de Pinochet, racista, excluyente. En mi país es uno de los gurús del estilo periodístico. Escribió libros sobre retórica, y tenía un *talk show* en la televisión. Él es un ejemplo de que no todas las escuelas de periodismo son buenas. Schneider enseñaba buenas técnicas, pero el contenido moral era terrible. Les dijo a los jóvenes: ‘Si usted quiere acercarse a la gente, debe hacerlo de una forma brutal’. Es decir, no importa cómo llegar a la historia. Si estás en un hospital, por ejemplo, te toca seducir a una enfermera o pelearte con el guardia. Lo primordial es que llegues al periódico con la noticia”.

El autor de *El periodista indeseable* relata todos los intentos de Schneider para hundirlo, las veces que ha ido a sus actos públicos con el fin de boicotarlo, sus alianzas con otros periodistas para dejarlo a la altura del betún. Aunque suele reírse en sus relatos de los continuos fracasos de su “enemigo privado”, reconoce la gravedad de una situación que ejemplifica hasta dónde puede llegar un periodista que no sabe separar los planos.

“En el periodismo noticioso tienen sentido esos trabajos en donde separan la opinión de la nota —reconoce—. Pero yo no creo en la objetividad. Como comentarista es totalmente legítimo opinar, si la gente sabe que se trata de eso. Está bien decir que es la visión

del reportero y no venderla como verdad absoluta. Ahí está la diferencia. Mucho más peligroso es la gente que va de objetiva y, cuando la investigas, te das cuenta de que le pagan, debe favores, tiene vínculos políticos y no es nada independiente. Eso es más preocupante”.

Para que no quepa duda, el alemán relata otra tipología de mal periodismo: uno de sus compatriotas viajó a Tailandia para hacerse un tratamiento de piel. En su estancia se topó con un asalto en plena calle, en donde él pagó las consecuencias. De regreso a su país la sorpresa fue mayúscula: su nombre real adornaba un titular del *Bild-Zeitung* en donde lo colocaban como un turista sexual golpeado salvajemente por una prostituta. Con la falsa acusación vino la depresión y una vida que fue destruida hasta en el plano laboral.

“Allí tuvo que entrar mi fundación, con todos los abogados, y le ganamos la demanda al diario para que resarciera los daños causados. Por eso creo que el trabajo periodístico de información y denuncia es una cosa, pero luego de la publicación empieza la segunda etapa: hacer juicios, buscar mejoras de trabajo, dar refugios a compañeros que tienen problemas. En mi último reportaje, por ejemplo, se logró que le

aumentaran el salario y le mejoraran la situación laboral a la gente de la fábrica que investigué. Esas son cosas positivas”.

Günter Wallraff el activista ha hecho de todo: le dio asilo a un escritor kurdo y le publicó su libro, protegió a sus “informantes” turcos y defendió la revolución sandinista en su momento. Ahora mismo no cabe de orgullo con su fundación Vivir juntos. Ésta fue creada para los inmigrantes en Alemania. Su mayor proyecto está en un barrio multicultural de su país, en donde hijos de extranjeros se juntan y se les da capacitación para que estudien y vayan a la universidad.

“A veces, la gente se equivoca conmigo —relata—. Nunca he sido miembro de ningún partido, porque no quiero ese tipo de compromisos. En dos ocasiones me ofrecieron puestos en el parlamento alemán, y no acepté estar en la lista de ninguna facción política. Eso me limitaría el trabajo que quiero hacer. ¡Una vez hasta me postularon para una candidatura sin ser miembro de nada!”

“El periodista indeseable” dice que en muchas ocasiones los cambios los logra de una manera bastante



QUIEN FUE TRAPO Y GUIÑAPO, PERRO Y SARNA SOCIAL, TOMA AIRE Y DICE SIN TITUBEAR: "NO LE DOY AVAL A UN PODEROSO, SEA QUIEN SEA".

sencilla: con una llamada telefónica a una empresa en donde el discurso es el que sigue: "Soy Günter Wallraff. Me llegaron denuncias de su compañía, pero también tengo otros temas en mi agenda. Si ustedes me prometen mejorar las cosas, entonces, yo no investigaré, ni me disfrazaré de trabajador, ni publicaré lo que descubra".

"Como la gente de mi país me conoce, prefieren arreglar las situaciones antes de salir denunciados por mí. Eso me pasó con el director de una importante empresa, quien me buscaba para decirme que no hablara mal de ellos, que habían mejorado. Él me llamaba continuamente para asegurarme que habían aumentado el número de comités de trabajadores que tenían en la compañía, que no los acusara. Me decía: 'Ya no somos malos; mejoramos mucho'. Yo le respondía que aún faltaban más comités, y tenía que seguir criticándoles, pero haciendo la salvedad de que se estaban enmendando... El día antes de mi aparición pública, me volvieron a llamar de la misma empresa para decirme: 'Señor Wallraff, queremos darle la noticia de que ahora no tenemos 34 comités, sino más de 35'", dice sin aguantar la risa.

¿Cómo ve el futuro de la prensa escrita?

Hay un problema clave de la prensa en papel, porque Internet tiene cada vez más importancia. En Alemania los periódicos se financian por publicidad y no sobre ventas. En Suecia tienen una ley que me parece buena: si existe un solo diario en una región, el Estado está obligado a crear otro para acabar con ese monopolio. Buscan pluralidad en la información, y debemos reflexionar sobre eso... Es cierto que la gente joven se va mucho al Internet y no compran en papel. Lo

mismo pasa con el mercado del libro. Es claro que el ambiente de los medios no va a cambiar. La gente no lee tanto como antes, y la crisis existe. Por eso debemos buscar soluciones, como mejorar la calidad de nuestros reportajes.

¿Cómo se logra eso?:

Es importante el tema y cómo lo presentas, si afecta a la gente. También hay que trabajar el multimedia, si se puede. Tenerlo en prensa escrita y audiovisual. Lo mío lo hice en la revista, y luego colgué el reportaje en la televisión. Un medio hace que se busque otro.

Wallraff firma un ejemplar que le dedica en alemán a un periodista suramericano. Aunque sus seguidores mexicanos no lo dejan en paz, él no se molesta. Se siente halagado y más altruista que nunca.

"Mi posición está al lado de los más vulnerables —responde antes de demostrar por última vez—: Venezuela, por ejemplo, tuvo un cambio político por una necesidad latente. Ahora bien, si los nuevos en ese Gobierno utilizan su poder para coartar la libertad de prensa, eso lo vería con ojos críticos y estaré defendiendo a mis colegas. El caso de Nicaragua es un ejemplo. La revolución sandinista fue la esperanza para mucha gente. Soy muy amigo de Ernesto Cardenal. Defendí los ideales en un momento, porque me parecieron muy justos. Pero ahora veo un régimen que dice estar traicionado por los acompañantes de Cardenal. Me sorprende que este señor pueda ser encarcelado por un Gobierno poco transparente y corrupto".

Quien fue trapo y guiñapo, perro y sarna social, toma aire y dice sin titubear: "No le doy aval a un poderoso, sea quien sea" 🐾